

## 1. El 17 de octubre de 1945 y la irrupción del peronismo

Hay mil y una versiones sobre el 17 de octubre, el día en que una multitud de trabajadores irrumpió en la vida política argentina y cambió el curso de los acontecimientos históricos. La mayoría de las narraciones cuenta que los obreros marcharon sobre la ciudad de Buenos Aires y ocuparon la Plaza de Mayo. Pero en aquel momento hubo también quienes lo interpretaron como una acción combinada de la policía con sectores lumpenes que fueron arrastrados a esa movilización. Eran unos pocos miles, eran un millón. Todo lo que se puede decir ha sido dicho sobre aquel día. ¿Existe la realidad o sólo versiones? Hay hechos que efectivamente sucedieron, otros que sólo ocurrieron en la imaginación de algunas personas y otros sobre cuya existencia jamás podremos estar seguros. ¿Los manifestantes estaban “descamisados” o usaban sacos? ¿Concurrieron de manera espontánea o manipulada? ¿Quiénes eran? ¿Migrantes del noroeste, “cabecitas negras”, o había diferentes sectores de trabajadores? ¿Llegaron a la Plaza a las seis de la mañana o a las seis de la tarde? ¿Fue una huelga general de la CGT?

Estas y otras preguntas expresan hasta qué punto el relato sobre lo sucedido aquel día, que se construiría luego como la fecha de nacimiento simbólica del peronismo, continúa siendo objeto de disputa en la Argentina, controversia muchas veces alocada y poco atenta a los hechos conocidos. Para establecer qué ocurrió ese día hay dos grandes problemas. En primer lugar, el relato mítico que se construyó alrededor del 17 de octubre durante los primeros gobiernos de Perón, reforzado por una liturgia que lo celebraba y renovaba con cada aniversario. En segundo lugar, aún setenta años después existen versiones antiperonistas que no entienden de manera cabal qué pasó aquel día que cambió a la Argentina. Los medios de entonces consideraban normal la represión policial y solían protestar ante la “pasividad” de las fuerzas de seguridad (la ausencia de represión brutal), recriminaciones que todavía persisten en ciertos ámbitos.

Sin embargo, hay algo más. Algo muy polémico, pero a mi juicio claramente demostrado por la mejor investigación académica. Desde aquel

día muchos antiperonistas creyeron –y aún sostienen– que Perón organizó todo lo que sucedió el 17 de octubre. La investigación ha dejado en evidencia que no fue así, e incluso mostrado que habría sido imposible por una simple razón. Una de las consecuencias del 17 de octubre fue cambiar el panorama político y tornar factible la candidatura de Perón. Pero la otra fue que el lugar que ocuparon los trabajadores en el primer peronismo fue más preponderante que el que Perón mismo había imaginado originalmente. Ambos elementos tienen que comprenderse para captar por qué ese día implicó un antes y un después para la política argentina.

Muchas versiones del 17 de octubre coinciden en algo: los narradores creen saber la verdad y están convencidos de que, al revelarla, el país al fin será liberado de sus fantasmas. Quizá la verdad sea que no hay vida ni país sin fantasmas. Así y todo, es diferente una sociedad que debate interpretaciones de hechos históricos de otra que llega al absurdo de discutir los hechos históricos mismos. Por eso, tratar de arribar a un acuerdo sobre qué sucedió puede ayudarnos a resolver nuestras propias controversias.

El 17 de octubre no fue un fenómeno de movilización nacional. Si bien fue relevante en Rosario, La Plata (Berisso y Ensenada), Córdoba, Tucumán, así como en otras provincias que se sumaron a la huelga general del 18 de octubre, lo cierto es que por peso industrial, demográfico y político, el hecho central ocurrió en la ciudad de Buenos Aires y su periferia, aunque no debería perderse de vista el vínculo entre algunos de sus protagonistas con la Federación Obrera Tucumana de la Industria del Azúcar (Fotia) o con el sindicalismo de San Juan o Rosario.

Continuarán las investigaciones y controversias sobre aquellas fechas y sobre los peronismos, en plural. Los buenos debates, como los buenos análisis, no desconocen lo evidente, no ignoran los avances del conocimiento, no aceptan reproducir la mitologización. Saber qué ocurrió es crucial para poder asumir una posición. Con ese criterio, leí ejemplares de ese día, días previos y posteriores de los diarios que se publicaban entonces en Buenos Aires: *La Prensa*, *La Nación*, *Crítica*, *La Razón*, *La Época*, *Noticias Gráficas*, *Clarín*, *El Mundo*. Leí también los libros escritos por protagonistas (Ángel Perelman y Cipriano Reyes), los textos que recopilan testimonios (Fermín Chávez), los relatos de intelectuales (Scalabrini Ortiz, Borges, Martínez Estrada) y las narraciones históricas (Luna, Torre, Godio). Con esos materiales construí mi propia versión del 17 de octubre, que aquí presento como si hubiera sido una crónica periodística publicada en la edición vespertina de un diario del 18 de octubre de 1945.

# HABLÓ PERÓN ANTE UNA MULTITUDINARIA MOVILIZACIÓN EN PLAZA DE MAYO

*Después de las 23 hs se dirigió a trabajadores que colmaban la Plaza. El país parado por la huelga general de la CGT*

Ayer por la tarde, una multitud de trabajadores colmó la Plaza de Mayo y logró la liberación de Perón, que había estado detenido en la Isla Martín García desde el 13 de este mes. Desde las primeras horas de la madrugada, sindicatos autónomos, delegados y activistas interrumpieron el trabajo de varias empresas del Conurbano bonaerense. Una vez que su taller o fábrica paraba la producción, los trabajadores se dirigían a la empresa vecina para buscar igual resultado. Apelaban en su discurso a la necesidad de una movilización popular para liberar al coronel Perón, incluso diciendo que podía ser ejecutado. Se afirma que cuando no tuvieron buena acogida no siempre guardaron los buenos modales. La CGT, en su reunión del 16 de octubre que culminó a la medianoche, había declarado la huelga general para hoy, pero con anterioridad otros dirigentes obreros, agrupados en el "comité intersindical", ya habían tomado la decisión de que la huelga general y la movilización tendrían lugar en el día de ayer. Esta desinteligencia, que algunos esperaban que hiciera fracasar ambas jornadas, parece haber duplicado la contundencia de la movilización y ha producido un cambio en el panorama político argentino.

Cuando ayer en la mañana el comité intersindical comenzó a parar fábricas y a agrupar obreros, hacía ya dos días que habían

empezado las huelgas en Rosario, Tucumán y Berisso. De hecho, los delegados de los frigoríficos y los del azúcar agrupados en la Fotia parecen haberse insuflado ánimos mutuamente. La consigna era exigir la liberación de Perón. Los trabajadores de la provincia de Buenos Aires se decidieron a ingresar en la Capital. Por el sur provenían las columnas más gruesas desde Avellaneda, Lanús, Berisso y Ensenada. También entraban desde el norte, por Vicente López y Villa Martelli, y venían otros desde San Martín o desde el oeste, por la Avenida Rivadavia.

Alrededor de las 9, eran varias decenas de miles los que iban a cruzar el Puente Pueyrredón cuando de repente fue levantado: los trabajadores permanecieron estupefactos, mientras que, a la espera de los acontecimientos, se formó un piquete del escuadrón policial en el mismo lugar.

Durante la mañana hubo varias situaciones de represión policial. A las 7, en Brasil y Paseo Colón, la policía desarticuló el avance de alrededor de mil personas que se dirigían hacia la Casa de Gobierno. A las 8.30 fue disuelta una manifestación en Independencia y Paseo Colón. A las 9.30, se dispersó a unas diez mil personas reunidas frente al Puente Pueyrredón.

Los trabajadores que llegaban hasta el Riachuelo interpretaron que se trataba de una maniobra

para impedirles cruzar y asumieron actitudes diferentes. Un grupo cambió de rumbo para intentar pasar por el puente del ferrocarril. Otro grupo, más entusiasta, se lanzó directamente a las aguas y las atravesó a nado. La mayoría, sin embargo, esperó con expectativa. De hecho, una hora después los puentes habían vuelto a bajar y los manifestantes ingresaron en la Capital con sus cánticos en defensa de Perón y sus banderas argentinas. Ante el lanzamiento de gases lacrimógenos, los manifestantes volvían a reorganizarse y avanzar. A las 9.45, la policía registró una columna de cinco mil personas por la Avenida Vieytes. Media hora después una manifestación en Montes de Oca cubría diez cuadras. Otros treinta minutos más tarde, unas veinte mil personas avanzaban por Bernardo de Irigoyen hacia Avenida de Mayo. A las 12.10 una columna de diez cuadras transitaba por Corrientes. Mientras, en Cangallo y Montevideo y en Callao y Córdoba se reorganizaban movilizaciones con gente que cubría otras diez cuadras.

Los cartelones con el rostro de Perón y las banderas argentinas eran acompañadas de cánticos: “Yo te daré, / te daré, patria hermosa, / te daré una cosa, / una cosa que empieza con ‘p’: / Perón”. Los gritos descajados de esos cuerpos sudorosos perturbaban la vida de la urbe: “La patria sin Perón / es un barco sin timón”.

En su marcha, las columnas se encontraban enfrascadas en discusiones y situaciones cargadas de tensión con la policía que intentaba disuadirlos para que no continuaran

avanzando. Todo esto demoraba aún más a la multitud, que ya de por sí tenía sus propios motivos para progresar con lentitud: a su paso, sea en Barracas, San Cristóbal o Chacarita los manifestantes trataban de convencer a otros trabajadores de que cerraran las puertas de sus talleres y se plegaran a la movilización.

Los obreros de distintas zonas de La Plata o Avellaneda iban a pie, pero detenían todo tipo de transporte para hacerse llevar hasta la Capital. Al parecer, sin cobrar boleto varios convoyes partieron de La Plata, con destino a Capital, con centenares de obreros. Según otros, los trenes y vehículos eran escasos para la cantidad de gente que deseaba desplazarse a Buenos Aires. Muchos ferrocarriles interrumpieron su funcionamiento, aunque no resulta claro en qué proporción por adhesión de trabajadores o por boicot de los manifestantes. A medida que las movilizaciones avanzaban, la mayor parte de los comercios cerró sus persianas. Hacia el mediodía eran escasos los trabajadores que habían llegado hasta la Plaza de Mayo. A esas horas el Comité de Huelga de la CGT salía de conversar con el ministro de Guerra, general Eduardo Ávalos, quien les pidió que levantaran la huelga general prevista para el día de hoy, requerimiento que los dirigentes sindicales rechazaron mientras que, por otra parte, hicieron responsable al gobierno de cualquier situación de represión. El mismo Comité visitó luego al coronel Perón en el Hospital Militar, donde se encontraba desde la mañana temprano. Varias columnas

de obreros se dirigieron hacia allí, mientras otras permanecían a la espera de noticias. A las 14, varios miles de trabajadores se concentraron en la Avenida Luis María Campos. Ante el temor de que los manifestantes avanzaran, se ordenó a los soldados apostados dentro de la dependencia que amenazarán con utilizar sus ametralladoras para contenerlos. Durante toda la jornada las noticias se sucedieron vertiginosamente. Pocos sabían al comenzar el día 17 que habría una movilización, que Perón había sido trasladado al Hospital Militar, que la CGT declaraba huelga para el 18. De hecho, durante la mañana hubo trabajadores que se plegaron a las movilizaciones creyendo que Perón podía ser fusilado en la Isla Martín García. Una vez movilizados, sin embargo, no les alcanzaba ni con saber que estuviera en el Hospital Militar, ni con que el general Ávalos prometiera velar por su seguridad y, en realidad, nada iba a sosegarlos salvo ver al propio coronel en persona.

Según altas fuentes militares, desde la mañana el avance de las columnas generó tensión en el gobierno que encabeza el general Edelmiro Farrell. La represión puntual de la policía no era suficiente para detener el movimiento, a tal punto que hacia el mediodía se percibió una pasividad total de esa fuerza. Incluso hay rumores de que algunos suboficiales se habían plegado a la movilización. En la mañana, el jefe del Regimiento 10 de Caballería telefoneó al general Ávalos solicitando permiso para reprimir. Por su lado, el ministro de Marina,

Héctor Vernengo Lima, exhortaba a adoptar medidas de fuerza. Ávalos se negó, porque creía que no había peligro y porque no quería que se produjera una represión violenta. A las 15.15 había una manifestación de siete cuadras en San Juan y La Rioja, media hora después otra de unas nueve cuadras llegó al Congreso. Desde las 16 en adelante, en los balcones de la Casa Rosada, frente a los cuales se multiplicaba la presencia de los manifestantes, se sucedieron hechos disparatados. El general Ávalos, determinado a evitar que corriera sangre, salió a los balcones para dirigirse a la población. Cuando quiso hacer uso de la palabra enfrentó una rechifla que le impidió hablar. Con indignación, solicitó que llamaran al coronel Domingo Mercante, mano derecha de Perón, con el objetivo de que un allegado convocara a la desmovilización y pacificara los ánimos. Ya en el balcón, nadie sabe si por ingenuo o por inteligente, Mercante abrió diciendo: “El general Ávalos...”, lo que provocó una rechifla inmediata que interrumpió su discurso: tampoco él pudo hablar. En medio de tanta confusión, distintas figuras, entre las que se encontraba el director del diario *La Época*, Eduardo Colom, comenzaron a afirmar que a las 18.30 el coronel Perón hablaría en la Plaza de Mayo. Mientras la noticia se propagaba por las radios, nuevos sectores se sumaban a las movilizaciones. Quienes estaban en el Hospital Militar también iniciaron su marcha hacia la Casa Rosada, un trayecto de más de seis kilómetros. Cada vez se escuchaban con mayor estruendo sus

cánticos: “Nos quitaron a Perón / pa’ robarse la nación”. Entre los manifestantes había algunos vestidos con saco e incluso sombrero, pero se iban incorporando otros que venían en mangas de camisa, con las camisas abiertas y arrugadas o directamente vistiendo cualquier ropa de trabajo. Podían verse también personas y grupos de las más diversas ascendencias: algunos que habían sido parte de las migraciones de los últimos años venidas desde las provincias, pero también otros que eran los hijos de las migraciones anteriores llegadas desde el otro lado del Atlántico. Morochos y rubios, morenos y blancos, aindiados y gringos, todos trabajadores bajo una misma consigna. Era la multitud más heterogénea que se hubiera visto hasta ahora por nuestras calles y avenidas. Los porteños se paraban en las veredas a observar el inédito espectáculo. A la mayoría de ellos les resultaba chocante que por calles del centro de la ciudad anduvieran vociferando mujeres y hombres muy mal vestidos, algunos con ropas sucias, otros con rostros y colores de piel insólitos. Había quienes preguntaban “¿y estos quiénes son?”, “¿de dónde han salido?”. Había quienes sentían lástima por estos “pobrecitos”, “desharrapados”. Y también había otros indignados que hablaban de una “invasión”, de los “marcianos” o de “agentes a sueldo del naziperonismo”. El contraste social con las dos recientes movilizaciones antiperonistas –los refinados concurrentes a la Plaza San Martín del 12 de octubre y los manifestantes de la Marcha de

la Constitución y la Libertad del 19 de septiembre– no podía ser mayor. Aunque si se observaba con más detalle, entre la multitud se podía distinguir tanto a empleados del Estado bien vestidos como a trabajadores pobres que habían caminado durante horas, todos gritando por Perón, vistos a los ojos de terceros como “adictos” al coronel.

Incluso más trabajadores comenzaron a desplazarse a esta Capital por la tarde. Al parecer, muchos se enteraron por las radios o por sindicatos que en un principio no se habían adherido a la protesta. Además, como la información circulaba por empresas y talleres, hubo quienes decidieron plegarse después del horario laboral. A las 16.30 una vez más el Puente Pueyrredón fue levantado y, si bien se repitieron escenas similares a las vividas por la mañana, poco tiempo después volvió a ser habilitado. En Plaza de Mayo aumentaba la cantidad de manifestantes. Algunos, que habían recorrido kilómetros a pie, se quitaron el calzado y se refrescaron en las fuentes. Además de las diferentes vestimentas, había hombres y mujeres, en su mayoría jóvenes, así como grupos de niños. Entre las 18 y las 19 la Plaza se colmó hasta que se hizo casi imposible desplazarse a su interior. El bochornoso calor de la jornada cedería muy lentamente, cuando el coronel Perón se entrevistó con el presidente Farrell. Alrededor de las 23, Farrell apareció en los balcones de la Casa Rosada y anunció que a continuación hablaría Perón. Estallaron los aplausos. Con diarios,

los manifestantes encendieron antorchas improvisadas.

El locutor invitó a entonar las estrofas del Himno Nacional, mientras el coronel Perón preparaba las palabras que pronunciaría. Promediando su discurso, desde la multitud se escuchó con insistencia la pregunta: “¿Dónde estuvo?”. El coronel intentó evitar cualquier respuesta, pero, ante el reclamo de aquel sinnúmero de personas, señaló que no quería recordar el sacrificio que había hecho y que volvería a hacer por los presentes. Ese diálogo entre un líder y la multitud resultó tan inédito como el resto de la jornada.

El coronel Perón cerró su discurso afirmando que ya no había motivos para realizar la anunciada huelga general, pero pidió que se llevara a cabo con festejos. La respuesta de los asistentes fue comenzar a gritar: “¡Mañana es San Perón, que trabaje el patrón!”. Por último, Perón pidió que abandonaran la Plaza con cuidado, en particular se dirigió a las mujeres obreras que estaban presentes. Y por último solicitó a los manifestantes que permanecieran unos minutos más “para llevar en mi retina el espectáculo grandioso que ofrece el pueblo desde aquí”.

La mayoría se quedó un tiempo más en la Plaza y luego inició el regreso a sus hogares. Sin embargo, como la huelga general ya estaba en marcha, no había transporte público. Por lo tanto, los manifestantes que no podían retornar a sus casas se acomodaron en distintas zonas de la Plaza y pasaron la noche allí. En la mañana de hoy el centro de Buenos

Aires estaba vacío, excepto por estos grupos que, a medida que iban despertando, retomaban el clima festivo del día anterior.

Durante la mañana recorrieron distintas partes de la ciudad haciendo escuchar otra vez sus cánticos, y estampando en paredes o vehículos diferentes leyendas con tiza. La zona céntrica y los barrios aledaños fueron escenarios de este espectáculo. Cuando el sol llegaba al mediodía, los grupos se detuvieron poco a poco para descansar y, al cierre de esta edición, retomaron su actividad en las calles.

Buenos Aires vivió muchos años orgullosa de su faceta europea, de su tez blanca y de sus reglas de etiqueta, especialmente para ingresar en el centro de la ciudad. Es una urbe que ayer y hoy vivió una división entre el clima festivo que dominaba sus calles –celebrado por estas personas y grupos provenientes de la periferia–, y el temor y el rencor con que muchos vecinos contemplaron la movilización desde las veredas, sus balcones o sus ventanas. Entre residentes, colegas de otros diarios y dirigentes políticos se escucharon algunas palabras en alusión a los manifestantes como “turbas”, “hordas”, “*lumpenproletariat*”, “malón”, “chusma”, “descamisados”, “negros”, “cabecitas negras”, “tribus” o “malevaje”. Este tipo de menciones en referencia a trabajadores argentinos amenazan la esperanza de que se haya tratado de una mera división pasajera. Atentan contra la ilusión, aún viva en muchos, de que no se perpetúe por los tiempos de los tiempos. ▀

## Los mitos del 17

Finalizada la crónica, retomemos entonces algunas preguntas históricas.

¿Cuál fue el papel de la CGT en estos acontecimientos? Para empezar, es necesario recordar que la CGT estaba dividida y que fueron los dirigentes de base, vinculados a la coordinadora inter-sindical, quienes tomaron una decisión contundente al iniciar la movilización del 17 con un solo objetivo: la liberación de Perón. Por su parte, el 16 de octubre a última hora la CGT declaró el paro general para el 18, pero evitó mencionar a Perón. La tesis de algunos autores, como Juan Carlos Torre, sostiene que la relevancia de la declaración de la CGT

no debe ser tampoco subestimada. En esa hora crítica, ella sirvió a los sindicatos que estaban en estado de alerta desde el 15, y a los trabajadores en general que formaban parte del vasto movimiento colectivo, *dándoles así el impulso de pasar a la acción, en la confianza de que contaban con el respaldo de las organizaciones sindicales más poderosas* (Torre, 1995b: 75; el destacado me pertenece).

Se puede estar de acuerdo –o no– con esta afirmación, pero no hay datos contundentes que la respalden. Ni en el texto de Perelman, ni en el de Gay, ni en el de Reyes existe mención alguna que permita tal línea de interpretación. Esta otra afirmación del mismo autor resulta en cambio más clara: tanto los preparativos como la canalización de la movilización obrera estuvieron a cargo de varios sindicatos, federados y autónomos, que actuaron ante la situación de emergencia “como dirección alternativa a la CGT” (Torre, 1995b: 17).

La pregunta sobre el número de manifestantes es muy difícil de responder con algún grado de precisión. Puede sostenerse, por las cantidades mencionadas en las crónicas, que en Buenos Aires estamos mucho más cerca de hablar de una movilización de cien o doscientas mil personas que de un millón. Pero para comprender su efecto, vale comparar esta cifra con las doscientas mil personas que había logrado movilizar la Unión Democrática bajo una marcha planificada, anunciada y organizada que se había realizado el 19 de



septiembre anterior. El 17 de octubre en cambio se trató de una movilización casi espontánea, sin organización, que hizo presentes a rostros y cuerpos antes invisibilizados, y que ahora ocupaban la plaza pública central y las principales avenidas de la ciudad. Por eso fue un hecho que produjo un impacto sin precedentes. La consecuencia concreta fue la liberación de Perón y el llamado a elecciones, aunque entonces su triunfo en las urnas no estaba en absoluto garantizado (y en realidad nunca lo estuvo). De todos modos, el 17 de octubre le dio un impulso extraordinario y, de hecho, el Partido Laborista se fundó una semana después.

¿Estuvieron los manifestantes todo el día en la Plaza reclamando la liberación de Perón? ¿O, por el contrario, como sugiere el testimonio de Troncoso (2005), en realidad no había prácticamente nadie en la Plaza y el peronismo forjó un relato?

Es evidente que el gobierno peronista construyó significados muy específicos para el 17 de octubre y, desde 1947, lo instituyó como un ritual (Plotkin, 2007). Ahora bien, si uno lee las crónicas de los diarios, en especial la muy informada de *La Nación*, y la compara con testimonios como el de Cipriano Reyes, no caben dudas de que la Plaza había recibido muy poca gente hasta la tarde del 17. La mayor cantidad de manifestantes comenzó a llegar más hacia las 17, 18 o 19, y se concentraron allí hasta la medianoche.

Que la Plaza sólo se colmara realmente de gente a esa hora ¿significa que no fueron importantes las movilizaciones que habían tenido lugar desde la mañana temprano? Las crónicas de los distintos diarios narran que la policía dispersó columnas de varios miles en diferentes horas de la mañana. Es claro, como apunta Juan Carlos Torre, que el hecho de que no se perpetrara una represión brutal y una masacre en manos del Ejército se debió a que el general Ávalos se impuso a Vernengo Lima.

Pero de esto no debe inferirse que no hubo ninguna represión policial. Así, durante el día, las columnas ingresaron a la Capital, avanzaron, fueron dispersadas, volvieron a reunirse y a avanzar. Era una marcha lenta. Algunas radios daban noticias de estas protestas y de la presencia de Perón en el Hospital Militar, sobre la avenida Luis María Campos. Varios miles o decenas de miles de personas se concentraron en aquel lugar hasta alrededor de las 14 y, desde allí, demoraron unas tres horas en marchar hasta Plaza de Mayo. Por otro lado, también los contingentes que venían desde el sur se retrasaban con los puentes que subían y luego bajaban.

Probablemente, muchos otros trabajadores decidieron sumarse a la protesta una vez finalizado su horario laboral, entrada la tarde.

### **Cómo se gestó la movilización: desarticulaciones**

¿Cómo se gestó el 17 de octubre? ¿Fue a partir de una orden de Perón, de Evita, de la CGT? ¿Fue una movilización espontánea?

El papel de Perón y Evita en estos hechos ha sido objeto de acalorados debates. La evidencia histórica muestra que el rol de Evita no fue relevante (Navarro, 1995) y que durante los días previos Perón estaba más ocupado pensando en su retiro que en su presidencia (Luna, 1971). Incluso la conspirativa idea según la cual la movilización surgió a partir una orden de Perón a Mercante, su mano derecha de aquel entonces, quien luego a su vez impartió las directivas a los obreros, es una teoría que presenta dos problemas. Es inimaginable que Mercante no hubiera revelado años después que él mismo había organizado todo lo que sucedió aquel día. Pero aunque lo hubiese confesado, el hecho es que en la mañana del 17 de octubre Perón y Mercante estaban arrestados, nadie tenía por qué temerles. Más bien, por el contrario, eran hombres derrotados.

Los dirigentes sindicales no planeaban ir más allá del acto de despedida de Perón del 10 de octubre. La solidaridad con aquella figura vencida parecía ser un compromiso moral que incrementaba la identificación con el líder (véase Gay, 1999: 38). Pero con el cambio de rumbo del gobierno, la detención de Perón y la ofensiva patronal se generó una gran agitación entre los trabajadores y comenzaron a coordinarse reuniones sindicales para decidir la postura a adoptar.

Consideremos ahora la idea de que la declaración de la huelga de la CGT para el 18 fuera la explicación de que los obreros se manifestaran el 17 de octubre (véase Matsushita, 1983). ¿Cómo se entiende que no esperaran un día más? ¿Por qué los trabajadores sincronizaron con ese reclamo saliendo un día antes a la calle? No hay evidencia alguna de que los grupos no lo habrían hecho sin la declaración de la CGT. De hecho, así lo observa Torre:

Si en la votación del Comité Confederal hubiese prevalecido la postura de los dirigentes que preferían postergar la huelga general, lo más probable es que se hubiera producido una división en las filas sindicales, pero no que el grueso de los sindicatos

y la masa obrera partidarios de pasar a la acción desistiera de ello (2005).<sup>1</sup>

Además, es preciso reparar en un detalle relevante: como la huelga se votó el 16 de octubre a las 23.45, es difícil creer que la noticia circulara a tan alta velocidad como para producir un hecho que se inició en la madrugada del día siguiente.

La declaración de la CGT no debe ser subestimada ni sobreestimada. ¿Qué sería sobreestimarla? Adjudicarle un papel que no tuvo: no hay una sola evidencia empírica de su incidencia en la movilización del 17 de octubre, ya que esa jornada sucedió con autonomía de una CGT que no tenía en aquel entonces la relevancia que adquirió después. Por eso, no parece certero afirmar que aquel día la CGT hubiera operado “más bien como agente de coordinación de una acción colectiva gestada con independencia de ella” (Torre, 1995c). ¿Qué sería subestimarla? No percibir que, en el momento de la decisión, la CGT declaró la huelga general para el 18, lo cual implicó haber tomado partido ante sus seguidores y ante Perón. Por eso, la CGT y su comité de huelga pudieron reacomodarse rápidamente en el transcurso del 17. Por la mañana se reunieron con Ávalos, quien les exigió que levantaran la huelga del 18, a lo que se negaron. Horas más tarde, los dirigentes protagonizarían las negociaciones políticas en las que no participaron ni Cipriano Reyes ni otros que tuvieron un rol crucial en la movilización.

La idea de que la movilización se iba a producir en cualquier caso no es una idea de historiadores, sino que estuvo presente en los debates de la CGT del 16 de octubre. Bustamante, un sindicalista de la industria de la carne dijo:

Si este cuerpo no resuelve la huelga general les puedo asegurar que se producirá lo mismo, por el estado emotivo de los trabajadores. [...] Les aseguro, sin ánimo de presionarles, que si aquí no se vota la huelga, en Rosario se irá al paro lo mismo (cit. en Torre, 1995b: 65-66).

<sup>1</sup> Torre ha analizado como nadie los detalles de estos hechos. Sin embargo, es muy probable que pueda haber sobreestimado la relevancia política que tuvo en ese momento decisivo su objeto de estudio: la vieja guardia sindical.

Y Lombardi, dirigente de la UTA, afirmó:

Ninguno de ustedes ignora que el momento es sumamente grave, pues corremos el riesgo de perder el control del movimiento obrero que tanto trabajo nos ha costado organizar. Las masas obreras, para qué vamos a negarlo, nos están arrollando en forma desordenada (cit. en Torre, 1995b).

Benigno Pérez sostuvo:

Los obreros de todo el país están con los ojos puestos en la CGT y piden que esta defienda a Perón, y si no lo hacemos nos perderán confianza, especialmente los del interior (Acta, 414, cit. en Del Campo, 1983: 218).

Es decir, los dirigentes percibían una desarticulación y consideraban que esta división podía provocarles daños irreversibles. La votación de 16 a 11 a favor de la huelga del día 18 no es representativa del estado de ánimo de los gremios industriales, que eran minoría en esa reunión. En rigor, solo los ferroviarios se oponían a la medida y fue eso lo que prolongó las deliberaciones.

Por lo tanto, podemos procurar otros modos de entender la coordinación del 17 y los rasgos que adoptó la movilización. A nuestro juicio, se explica por lo siguiente:

1. La existencia de un comité de enlace intersindical de la zona sur, a la que Torre refiere como dirección alternativa a la CGT. Es decir, una red de sindicatos de diferentes niveles que ya habían tomado la determinación de pasar a la acción.
2. La aglutinación territorial de la industria y de la clase obrera en barrios muy específicos de Buenos Aires. La tradicional segregación residencial y la concentración industrial han favorecido en diferentes momentos procesos de coordinación. Esto implica que la decisión de algunos pueda ser conocida por muchos otros, porque hay comunicación cara a cara.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> En esos años, en Avellaneda y Lanús “algunas calles como la avenida Mitre o Pavón se convirtieron en caminos bordeados de fábricas y talleres” (Lobato, 2004: 235).

3. La recepción de la noticia por parte de decenas o centenares de dirigentes obreros, como Perelman, que actuaron del mismo modo durante la mañana. Los dirigentes intermedios decidieron de inmediato acompañar el proceso.
4. El papel de la radio, que a partir de determinada hora propagaba la noticia, a favor y en contra.
5. Entre tensos diálogos con la policía, el levantamiento del puente para cruzar el Riachuelo, episodios de represión y negociaciones varias, el avance de la movilización hacia la ciudad, que había comenzado a tempranas horas de la mañana, era lento y pausado, pero también lograba incorporar nuevos cuerpos en su marcha. Los manifestantes se detenían a su paso en talleres y fábricas para pedir a los obreros que se sumaran y muchas veces encontraban respuestas positivas. Se afirma que desde el mediodía la policía cambió de actitud, e incluso algunos uniformados se adhirieron a la movilización. De a poco, otros trabajadores se plegaban engrosando las columnas que avanzaban hacia la Plaza de Mayo.
6. El dato de que Perón estaba en el Hospital Militar, que hizo que numerosos grupos se dirigieran hacia allí. Hasta las 18 no se había anunciado que Perón hablaría en Plaza de Mayo.
7. La afirmación de Troncoso de que en Plaza de Mayo no hubo mucha gente hasta las tres o cuatro de la tarde no indica, como él pretende, que fuera una movilización menor. Sobre este punto, Ramos decía: “Las manifestaciones obreras, aisladas al principio, se funden en columnas cada vez más imponentes. [...] Al caer la tarde, el sector céntrico de la ciudad es irreconocible” (2006: 87). La movilización sólo fue completamente masiva desde las 18.

A nuestro entender la sincronización no fue resultado de la espontaneidad, tampoco del hecho de saber que habría huelga al día siguiente. Fue fruto de la coordinación de dirigentes intermedios que trabajaron los días previos y durante esa mañana para que otros sectores se plegaran. Objetivo que consiguieron.

Por eso, porque no había otra articulación, tampoco había una sola persona capaz de desmovilizar a esa plaza que no fuera el propio coronel Perón, y el gobierno estaba obsesionado en que no hubiera incidentes. Nadie iba a poder simplemente decir a los manifestantes que Perón estaba bien y lograr que esas miles de personas regresaran a sus

casas sin más. De hecho, Ávalos lo intentó en varias oportunidades. Pero en ese momento de movilización, alegría y angustia entremezclada, el lazo con Perón era insustituible.

### **Un acontecimiento, múltiples experiencias**

Plotkin señala que “no fue un evento homogéneo”, sino que “hubo múltiples 17 de octubre” (2007: 96). Quisiera tomar esta idea y desarrollarla en un sentido algo distinto a como lo hace su autor. Podríamos decir, en principio, que diferentes sectores que estuvieron presentes o no esa noche en la Plaza vivieron y significaron de distinto modo aquel acontecimiento. Hasta ahora, hay más datos y análisis acerca de lo que significó para los trabajadores del sur del Gran Buenos Aires, varios dirigentes sindicales, el gobierno y los sectores medios y altos de Buenos Aires.

Tomemos el caso de dos testimonios muy conocidos, los de Reyes (dirigente de la carne) y Perelman (dirigente metalúrgico): el primero participó activamente de la organización de la movilización, mientras que el segundo se vio sorprendido por los hechos y se plegó una vez que ya estaban en marcha. El Comité de Enlace Intersindical del que participaba Reyes contaba con una central de informaciones con la que los jefes de las distintas columnas debían mantener contacto telefónico tanto para informar como para ser informados de la situación. Este tipo de datos permite discutir hasta qué punto se puede hablar de “espontaneidad” en este contexto. Si bien los trabajadores no fueron convocados por Perón ni por la CGT, ni se publicó un aviso en el diario, tampoco se trató de una decisión sin organización y comunicación.

Por otro lado, muchos dirigentes que no se sumaron desde el inicio de la jornada se fueron acoplando en el transcurso del día. Por eso podemos decir que el 17 tuvo una temporalidad heterogénea, porque hubo quienes lo planificaron, quienes se sumaron de inmediato, quienes no supieron de qué se trataba y quienes dudaron.

Esto se expresó con claridad en la cartografía de la movilización. Marechal dijo que era temprano en la mañana cuando escuchó el tumulto de las columnas que se desplazaban por las calles. Scalabrini Ortiz afirmó que sólo en la tarde del 17 comenzaron a llegar “las primeras columnas de obreros”. ¿Alguien miente o ambos dicen la verdad? Marechal alude a la Avenida Rivadavia, en la zona oeste; Scalabrini al centro mismo de la ciudad, a los alrededores de la Plaza de Mayo.

Los acontecimientos se desencadenaron desde temprano el 17. Así lo atestiguan Perelman, Marechal, Reyes, el diario *La Nación*. Pero Troncoso insiste en que al mediodía la Plaza estaba desolada y en que había poca gente a las 17. La afirmación de Troncoso, en todo caso, indica que no hubo una multitud todo el día apostada en la Plaza (porque estaban en el Hospital Militar y en otros lugares de la ciudad), pero es compatible con la otra versión que sostiene que al atardecer la Plaza de Mayo se colmó.

Más arriba señalamos que durante la mañana la policía demoró el avance de las columnas, ya sea levantando puentes, disparando al aire o negociando con los manifestantes.<sup>3</sup> Si los sucesos no hubieran sido lo suficientemente contundentes, sería imposible comprender por qué

en la mañana del 17, el teniente coronel Gerardo Gemetro, jefe del Regimiento 10 de Caballería, telefoneó a Ávalos, que se hallaba en el Ministerio de Guerra, solicitándole permiso para actuar en vista de la pasividad de la policía; Ávalos negó su consentimiento, en parte porque entendía que la situación no era peligrosa; pero también porque no deseaba que hubiese un derramamiento de sangre (Potash, 1971: 396).

En efecto, no había nadie en ese momento en Plaza de Mayo, pero los oficiales de Campo de Mayo recibían informes de que columnas obreras se dirigían en esa dirección. Por eso, “desde primera hora de la mañana del 17, el ministro de Marina Vernengo Lima exhortaba a su colega de gabinete a que adoptase medidas de fuerza” (Potash, 1971: 397). En efecto, entre los altos mandos circulaban informaciones preocupantes y el propio Troncoso publicó algunas de ellas. Las comisarías de la Capital transmitieron partes que daban cuenta de la cantidad de personas que avanzaban hacia el centro. A las 16.30, cuando según Troncoso nadie había llegado aún a Plaza de Mayo, Ávalos

3 Hay autores que señalan que por ingenuidad del general Ávalos el ministro Hortensio Quijano había aprovechado para designar al frente de la policía a Mittelbach, hombre leal a Perón. Pero, según Potash, Ávalos percibió el error y el 15 de octubre firmó el Decreto 25 614 por el que designaba como jefe de policía al coronel Emilio Ramírez, “ahora enconadamente antiperonista. Ramírez juró el 16 de octubre y renunció al día siguiente” (1971: 388).

llamó a Mercante a la Casa Rosada con la orden de desconcentrar a los manifestantes.

Alrededor del mediodía, por el motivo que fuera, la policía cambió de postura y prácticamente cooperó con los obreros y, como señalamos más arriba, hasta hubo grupos de suboficiales que se plegaron a la protesta. Este gesto fue luego utilizado para decir que la institución colaboró desde el inicio, lo cual pretende insinuar o afirmar que fue una movilización organizada por la propia policía. Para comprender la temporalidad de la ubicación de las columnas, su aparente “demora” en llegar a la Plaza de Mayo, hay que considerar ese cambio de actitud de las fuerzas de seguridad.

Cada grupo organizado en la Intersindical tenía un responsable de información que debía comunicarse por teléfono cuando fuera posible con el equipo de “Información general”, lo cual les permitía tener un panorama acerca de lo que estaba sucediendo, así como de las acciones de la policía y el gobierno.

Cipriano Reyes menciona que las radios informaban sobre las movilizaciones (1984: 227, 230-231), casi todas descalificando la protesta –salvo radio “El Pueblo”–, pero que incluso así favorecían a la situación al difundir los episodios que estaban teniendo lugar en las distintas partes de la ciudad. Él mismo cuenta haber estado en las oficinas del diario *La Época* escuchando dos radios a la vez para saber qué estaba sucediendo (entrevista en Klappenbach, 1997: 274). Un testigo de los sucesos, muy detallista en su registro del tiempo, señaló que “a las 18.30 comenzó a llegar mucha gente a la Plaza de Mayo porque se había enterado por radio de los hechos que ocurrían” (Cardellini, en Michellini, 1994: 51). Este relato coincide con lo que informó *La Nación* el 18 de octubre, y también con lo que sostienen Matsushita (1983: 293) y Cipriano Reyes sobre aquel día.

Sin embargo, así como los puentes se levantaban y luego bajaban, o como la policía tiraba gases y luego apoyaba, es probable que las radios transmitieran la información con distintos matices. Pero el hecho de que, de una manera u otra, hayan comunicado sobre lo que estaba sucediendo resulta un factor clave para comprender el crecimiento de la movilización hacia el atardecer.

Gay (1999: 44) y Matsushita (1983) señalan que la CGT había indicado el abandono de las tareas desde las 17. Pero varias décadas después, Gay admite que el Comité de Huelga del 18 no promovió ni dio instrucciones precisas para ir a Plaza de Mayo el 17 y que los telefónicos no movilizaron a su sindicato (1999: 182-183). Tanto Gay



como Reyes serían protagonistas, una semana más tarde, de la fundación del Partido Laborista.

### **La pregunta contrafáctica**

¿Qué habría sucedido el 17 de octubre si hubiese tenido lugar una represión brutal con decenas de muertos? Juan Carlos Torre (2005) propone esta pregunta contrafáctica en un texto muy sugerente en el que analiza la decisión de Ávalos de no reprimir y sus consecuencias históricas. En su reflexión, Torre afirma que aquella masa de trabajadores habría retrocedido ante la represión. De haber sucedido esto, continúa, Perón no habría sido presidente al menos en 1946 (el autor juega aquí con la idea de que Perón podría haber ganado las elecciones de 1952, pero ya sin las condiciones económicas favorables). Por lo tanto, concluye Torre, la Argentina no habría conocido una identidad política populista de la pregnancia y relevancia del peronismo. Existieron “populismos” en diversos países latinoamericanos, pero aunque ha habido movimientos que perduraron varios años ninguno tuvo la persistencia del peronismo. El gobierno de Vargas en Brasil no generó “varguismo” y algo similar podría decirse de otros países. De todos modos, el campo de la historia contrafáctica supone justamente eso: hipótesis que no pueden demostrarse. Pero, al mismo tiempo, esas hipótesis tienen implicancias fuertes en nuestras interpretaciones históricas y políticas.

Por eso, quiero proponer otra hipótesis contrafáctica sobre la idea de una brutal represión el 17 de octubre de 1945. Porque creemos que lo sucedido en aquellos años en la Argentina y otros países de América Latina claramente muestra diversos cambios estructurales, culturales y políticos. La manera en que se resolvieron esas transformaciones en la Argentina, Brasil, Colombia u otras regiones fue muy distinta. Pero el hecho de que haya habido procesos bastante contemporáneos en varios países pone en evidencia hasta qué punto las decisiones puntuales (como la que debía tomar Ávalos acerca de si reprimir o no) podían torcer el rumbo de los acontecimientos en un marco histórico que trascendía cualquier resolución individual. En otras palabras, si Perón tenía posibilidades o no de ser presidente dependía de un sinfín de sucesos. Más debatible es que si se hubiera ejecutado efectivamente una represión el 17 las cosas habrían ocurrido como Torre describe.

Propondré un ejemplo. En esos años estaba cobrando presencia un líder popular y populista en Colombia. Se trataba de Jorge Eliécer Gaitán, un hombre con una intensa carrera política y atractivo carisma. Gaitán fue brutalmente asesinado en 1948 cuando tenía chances de ganar la presidencia. La reacción popular fue conocida como “el Bogotazo”: una inmensa movilización sin dirección política, una irrupción de las masas en toda la ciudad y los alrededores del Palacio de Gobierno, que se expandió a otros lugares del país. El asesinato de Gaitán y la imposibilidad de darle una solución política abrieron los setenta años de guerra civil y violencia política que Colombia todavía intenta cerrar.

Lo que quiero decir es que si el 17 de octubre hubiese habido una brutal represión, una de las hipótesis contrafácticas que se pueden sostener es que la Argentina habría terminado en una extensa guerra civil. ¿Por qué? No se trata de suponer simplemente que los trabajadores habrían retrocedido, que la Unión Democrática habría gobernado. Se trata de entender que una derrota de los trabajadores el 17 de octubre modificaba las relaciones de fuerza de manera drástica. La patronal, que avanzaba con firmeza en los últimos días, habría redoblado sus apuestas después de una derrota obrera. Muchas de las conquistas del último año podrían haber sido derogadas luego. Pero, sobre todo, la derrota de la movilización pacífica y la imposibilidad de dirimir ese conflicto en elecciones libres habrían inaugurado el capítulo de la violencia una década antes en la Argentina. Y quizá, como sucede hoy en Colombia, setenta años después no estaría aún cerrado.

Por cierto, esto implica una interpretación acerca de los orígenes del peronismo. Para nosotros el peronismo es la consecuencia de la incapacidad de las élites económicas y políticas de construir un proyecto hegemónico. Ante el fracaso de las corrientes representadas en la Unión Democrática para incluir a los trabajadores en el desarrollo económico argentino, el peronismo significó una solución que evitó en el momento y postergó en el tiempo el estallido de una guerra civil.

¿Es verosímil esta hipótesis? El hecho fáctico es que eso fue lo que ocurrió en otros países latinoamericanos. Una condición para que suceda es que haya una potente matriz de exclusión social y simbólica. Como mostraremos en el próximo capítulo, esa matriz racista y clasista era hegemónica en la Argentina.